

Un intrépido aventurero como él no creía en el destino y mucho menos en la suerte, sin embargo, se preguntaba ahora si estaba escrito que, a raíz de esa escalada fortuita, su vida errante en los mares del Cosmos diese de pronto un giro insospechado.

Los angorkinos (la especie nómada más conocida de todo el Universo), además de poseer una inteligencia sumamente desarrollada, son seres inquietos, curiosos, aventureros y longevos por naturaleza. Por ello, en el transcurso de su dilatada existencia viajando a través de atajos temporales, desde un confín a otro del universo, Myrko había recorrido incontables mundos –maravillosos algunos, extraños y hostiles otros- y en sus andanzas a través del espacio conocido, e incluso más allá, creía haberlo visto y vivido todo.

Era un explorador intergaláctico con un caudal de años-luz de recorrido en su haber, acostumbrado a sortear las corrientes espacio-temporales para situarse en mundos y en épocas imposibles de conectarse entre sí de otra manera, y llegó a veces a sentirse inmortal. Al retornar a lugares conocidos, daba cuenta de los estragos del tiempo en la naturaleza, veía sus efectos en la herrumbre de las construcciones, en la vida y la muerte de los seres, renovándose continuamente. Eso le daba una sensación de inmortalidad...o de eterna juventud.

Nunca imaginó que su existencia pudiese terminar prematuramente después de conocer el singular reducto de Or-Ghan III, lugar de concentración y crianza de un gran número de especies en etapa de desarrollo. Era un orfanatorio espacial, concebido para aliviar los efectos de la sobrepoblación en el planeta madre de la Gran Constelación. De no haber llegado ahí por casualidad, quizás nunca hubiese visto tal número de especies vivientes distintas, agrupadas en un mismo sitio.

- Han sido recolectadas en diversos mundos –dijo el guía que lo acompañaba en el recorrido -; hay especímenes en estado embrionario o larvario, y también en edad infantil y juvenil. Cuando alcanzan la edad adulta sin ser adoptados, los enviamos a Yrus, en su mayoría, para ser incorporados a trabajos productivos, acordes con las características de su raza.

Antes de esa escalada, el navegante de las estrellas no había previsto, ni pensó nunca, en llevar consigo a un bebé alienígena. Por eso, cuando el casco plateado del Optrix alcanzó las alturas, y el óvalo del satélite se fue quedando atrás, se sorprendió a sí mismo al tomar conciencia de que, en adelante, ya no estaría solo a bordo de la hipernave.